

los quince siglos de monarquía pesan menos que aquellos inocentes. No, no era un monstruo Lantenac, ese hombre que acababa de iluminar con el resplandor de una acción divina el precipicio de las guerras civiles. El porta-espada se ha metamorfoseado en porta-luz. Redimió á Lantenac de todos sus actos de barbarie este acto de sacrificio: perdiéndose materialmente, moralmente se salvó, y recobrando la inocencia firmaba su propio perdón.

Lantenac acababa de ser un hombre extraordinario, ahora le tocaba á Gauvain el turno de serlo.

Gauvain debía encargarse de la réplica.

La lucha de las pasiones buenas con las malas creaba el caos en aquellos momentos; Lantenac, dominando el caos, había desprendido de él la luz de la humanidad; tocaba ahora á Gauvain desprender la luz de la familia.

Qué iba á hacer? ¿Burlar la confianza de Dios? No. Murmuró diciéndose á sí mismo:—Salvemos á Lantenac.

—Muy bien, corre, sirve á los ingleses, desierta, pástate al enemigo, salva á Lantenac y haz traición á la Francia.

Al ocurrírsele esta reflexión temblaba.

—Tu solución no es solución, eres un soñador.

Gauvain veía en la oscuridad la siniestra sonrisa de la esfinge.

Su situación moral era una especie de encrucijada terrible, en la que venían á parar las verdades combatientes confrontándose, y en la que se miraban frente á frente las tres ideas superiores del hombre: la humanidad, la familia, la patria.

Cada una de ellas tomaba la palabra á su vez y cada una tenía razón. ¿Cómo decidirse? Cada una por turno parecía haber encontrado el punto de enlace de la prudencia y de la justicia, y le decía:—Haz esto.—Es eso lo que debo hacer?—Sí.—No.—El raciocinio decía una cosa, el sentimiento otra; los dos consejos eran contrarios. El raciocinio no es más que la razón, pero el sentimiento es muchas veces la conciencia; el primero nace del hombre, el segundo proviene de más alto. Por eso el sentimiento tiene más claridad y más poder, sin embargo de estar dotada de gran fuerza la severa razón.

Gauvain vacilaba.

Terrible perplejidad!

Dos abismos se abrían á sus pies. ¿Perdería al marqués ó lo salvaría? Era pre-

ciso precipitarse en uno ó en otro. ¿En el fondo de cuál estaba el deber?...

III.

El capuchon del jefe.

Con el deber quería cumplir, con el deber que se presentaba siniestro ante Cimourdain y formidable ante Gauvain, sencillo ante aquel y múltiple, diverso y tortuoso ante éste.

Dieron las doce y luego la una de la madrugada.

Gauvain, sin apercibirse, se acercó poco á poco á la entrada de la brecha.

El incendio solo despedía ya difusa reverberación; se extinguía.

La meseta de la otra parte de la torre recibía el reflejo de dicha reverberación y se veía ó se ocultaba, según que el humo cubría ó no cubría el resplandor del fuego. Gauvain, al través de su meditación, contemplaba vagamente las alternativas de humo cubriendo el resplandor y las del resplandor disipando el humo. Estas apariciones y desapariciones sucesivas de luz tenían para él analogía con las apariciones y las desapariciones de la verdad en su pensamiento.

De improviso, entre dos torbellinos de humo, una chispa desprendida del foco del incendio voló por el aire, alumbrando con viva claridad lo alto de la meseta y haciendo resaltar la silueta roja de un carro, rodeado de ginetes con tricorrios de gendarmes. Gauvain comprendió que debía ser la carreta que divisaron con el anteojo él y Guechamp poco antes de ponerse el sol. Varios hombres se ocupaban en descargarla al parecer; lo que sacaban de ella debía ser pesado, porque de vez en cuando sonaba á hierro; eran maderos para formar andamio. Dos de aquellos hombres bajaron y pusieron en tierra un cajón, que á juzgar por su forma debía contener un objeto triangular. Cuando la chispa se apagó volvió á cubrirlo todo la oscuridad; pero Gauvain permaneció pensativo con la vista fija en la dirección de aquel punto.

Habían encendido faroles y muchos hombres iban y venían por la meseta, pero apenas podían divisarse sus bultos. Oía Gauvain voces de gentes que conversaban, sin poder oír las palabras. Aquí y allá sonaban golpes sobre madera y un rechinar metálico como el que produce la hoz cuando se afila.

Dieron las dos.

Gauvain se dirigía lentamente hacia la brecha: al acercarse conoció el centinela en la penumbra el capote y el capuchon galoneado del comandante y se puso el arma al hombro. Gauvain entró en la sala del piso bajo, transformada en cuerpo de guardia. De la bóveda pendía un farol, que solo despedía la escasa luz necesaria para poder atravesar la sala sin pisar á los soldados de la guardia que estaban tendidos sobre paja, la mayor parte de ellos durmiendo.

Allí estaban acostados aquellos hombres que habían peleado pocas horas antes; les incomodaba bastante para dormir la metralla mal barrida que quedó esparcida bajo sus cuerpos en granos de plomo y de hierro, pero estaban tan rendidos que descansaban. Aquella sala fué el teatro horrible de la lucha: allí comenzó el ataque, allí se oyeron rugidos, juramentos, golpes, rechinar de dientes y de aceros; allí se mató y se murió; los soldados durmientes ahora vieron sucumbir allí á muchos de sus compañeros, pero la lucha ya terminó; la sangre ya no corría; habían limpiado ya los sables, los muertos estaban ya enterrados y los soldados de guardia reposaban tranquilos.

Al entrar Gauvain, algunos de los que estaban tendidos sobre la paja se levantaron, entre ellos el oficial que mandaba la guardia. Gauvain le designó la puerta del calabozo.

—Abrid, le dijo.

Descorrieron los cerrojos y se abrió la puerta.

Gauvain entró en el calabozo.

La puerta se cerró tras él.

LIBRO SÉPTIMO

Feudalismo y Revolución.

I.

El abuelo.

Colocaron una lámpara en las losas de la cripta, al lado del tragaluz cuadrado del pozo del Olvido. El cántaro de agua, el pan de munición y el haz de paja descansaban en tierra.

Estando abierta la cripta en la roca, el preso que le ocurriese prender fuego á la paja hacia un trabajo inútil, porque no tenía peligro de incendiarse

la prisión y corría peligro de asfixiarse el preso.

Al girar la puerta sobre sus goznes, el marqués se paseaba de un lado al otro del calabozo, vá y viene propio de las fieras enjauladas.

Al ruido que produjo la puerta al abrirse y cerrarse volvió Lantenac la cabeza, y la lámpara que estaba en tierra, entre él y Gauvain, iluminó plenamente el semblante de aquellos dos hombres.

Se miraron, y su mirada fué de tal naturaleza, que los dejó inmóviles.

El marqués exclamó, sonriendo sarcónicamente:

—Buenos días, señor vizconde. Muchos años hace que no tenía la satisfacción de veros. Gracias os doy porque me dispensais el favor de visitarme. Deseaba tener con quién hablar, porque os confieso que empezaba á aburrirme. Vuestros amigos pierden el tiempo con la identificación de la persona y con los consejos de guerra; todo eso es largo. Yo terminaría más pronto. Ya que estoy en mi casa, tomaos la molestia de pasar adelante. Qué me decís de todo lo que sucede? Es original, no es cierto? Teníamos rey y reina; el rey era el monarca y la reina la Francia; cortaron la cabeza al rey y casaron á la reina con Robespierre. Éste caballero y aquella señora han tenido una hija que se llama guillotina, á la que parece me presentarán mañana. Mucho lo celebraré, como ahora celebro veros. Venís para eso? Habeis ascendido? Seríais ya verdugo? Si es una simple visita de amistad, os la agradezco. Señor vizconde, vos quizás no sabeis ya lo que es un gentil-hombre; pues bien, aquí tenéis uno, yo soy; miradlo, que es un objeto curioso y raro. Cree en Dios, en la tradición, en la familia, en sus abuelos; cree en el ejemplo de su padre, en la fidelidad, en la lealtad, en el deber para con su príncipe, en el respeto á las antiguas leyes, en la virtud y en la justicia. Tened la bondad de sentaros en tierra, porque aquí no hay sillones, pero el que vive en el fango bien puede sentarse en el suelo. No lo digo por ofenderos, sino porque lo que nosotros llamamos lodo, vosotros llamais nación. Supongo que no vendreis á exigirme que diga á voz en grito libertad, igualdad y fraternidad. Este es un antiguo encierro de mi casa; antes los señores metían aquí á la canalla; ahora la canalla mete aquí á los señores, y esto es lo que se llama revolución. Parece que me cortarán la cabeza den-

tro de treinta y seis horas; no veo para ello inconveniente, pero parece que al menos por cortesía debían haberme enviado mi caja de rapé, que está arriba, en la sala de los espejos, en la que jugásteis muchísimas veces siendo niño y en la que os hice brincar sobre mis rodillas. Os llamais Gauvain, y es lo más extraño que teneis sangre noble en las venas, la misma sangre que yo, y sin embargo, esa sangre que hace de mí un hombre de honor, hace de vos un descamisado. Me direis que eso no es culpa vuestra, pero tampoco es mía. Podemos ser malhechores sin saberlo, y eso consiste en el aire que respiramos. En tiempos como estos nadie es responsable de lo que hace: la revolucion es pícara para todo el mundo, y vuestros grandes criminales solo son grandes inocentes, empezando por vos. Permitidme que os admire, porque admiro á un jóven como vos, que, siendo hombre de calidad, de alta posicion en el Estado, teniendo sangre noble que poner al servicio de las grandes causas, siendo vizconde de Gauvain y príncipe de Bretaña, teniendo derecho á ser duque y par de Francia hereditario, que es casi todo lo que puede ser en el mundo el hombre sensato, se divierte en ser tan poco como ahora sois, esto es, en parecer malvado á sus enemigos ó imbécil á sus amigos. A propósito, dad memorias de mi parte al abate Cimourdain.

El marqués hablaba con facilidad, sereno, sin alterarse, sin acentuar nada, con el acento de la buena sociedad, con la mirada clara y tranquila y con las manos en los bolsillos. Hizo una pausa, respiró con fuerza y continuó:

—No ocultaré que hice lo posible por mataros; tres veces dirigí la puntería de mi cañon tomándoos por blanco; proceder descortés, lo confieso, pero es locura imaginar que en la guerra el enemigo os trate con cortesía y procure haceros favores, y estamos en guerra, mi querido sobrino, y la sostenemos á sangre y fuego. Verdad es que nos han asesinado al rey. ¡Bonito siglo!...

Paróse otra vez y luego prosiguió:

—Nada de esto habria sucedido si hubieran ahorcado á Voltaire y echado á galeras á Rousseau. Son una plaga los literatos. Pero veamos; ¿de qué acusais á la monarquía? Es cierto que envió al abad Pucelle á su abadía de Corbigny, dejándole la eleccion del carruaje y dándole el tiempo que quisiera para ir allí; es cierto que se trasladó á vuestro señor

Titon del castillo de Vincennes al de Ham, que es detestable; pero Titon fué, con vuestro permiso, hombre licenciado. Tales son los agravios que hizo la monarquía; lo recuerdo, y me quejé de ellos en mi tiempo; fui tan estúpido como vos... pero no tan perverso. Muchas veces se habla por hablar. Hubo la sedicion de los informes, de los dictámenes y de las reclamaciones; luego vinieron los señores filósofos y se quemaron sus escritos en vez de quemar á los autores, mezclándose en esto las cábalas de la corte; despues vinieron los benditos Turgot, Quesnay, Malesherbes, los fisiócratas, etcétera etc., y comenzó la pelotera, todo por culpa de los escritoruelos y de los poetastros. La Enciclopedia! Diderot! D'Alembert! Ah, malvados belitres!... ¡Que un hombre tan bien nacido como el rey de Prusia cayese en su lazo! Yo hubiera suprimido á todos los emborradores de papel. Nosotros éramos justicieros. Aun pueden verse en estas paredes las señales de las ruedas de descuartizar. Nosotros no nos chanceábamos. No hacíamos caso de los escritores. Mientras haya Voltaires habrá Marats; mientras haya botarates que hagan garabatos con la pluma, habrá miserables que asesinen; mientras haya tinta habrá negrura; mientras la mano del hombre maneje la pluma de ganso, las tonterías frívolas engendrarán tonterías atroces. Los libros originan los delitos. La palabra quimera tiene dos sentidos; significa sueño y monstruo. ¡Qué aficion á palabras huecas! ¿Qué quereis decir con la palabra derechos? Derechos del hombre, derechos del pueblo. Eso es hueco, imaginario y sin sentido. Cuando yo digo: Havoisa, hermana de Conan II, aportó en dote el condado de Bretaña á Hoel, conde de Nantes y de Cornwall, que dejó el trono á Alan Fergant, tio de Berta, la que casó con Alan el Negro, señor de la Roche-sur-Yon, y tuvo de éste á Conan el Menor, abuelo de Guido ó Gauvain de Thonars, nuestro antepasado, digo una cosa clara que establece un derecho. Pero vosotros, perdidos, á qué llamais derechos? Al deicidio y al regicidio. Eso es hediondo y repugnante. Lo siento por vos, señor vizconde, que late en vuestras venas la orgullosa sangre de Bretaña: vos y yo descendemos de nuestro abuelo Gauvain de Thonars; contamos entre nuestros antepasados al gran duque de Montbazon, que fué par de Francia y condecorado con el collar de las Ordenes, que atacó el arrabal de Tours, fué herido en la ba-

talla de Arqués y murió en su casa de Couziers, á la edad de ochenta y seis años, siendo entonces montero mayor de Francia. Podria citaros tambien al conde de Landonois, á Claudio de Lorena, duque de Chevreuse, á Enrique de Lenoncourt y á Francisco de Laval-Boisdauphin. Pero para qué? El señor vizconde tiene el honor de ser idiota, y prefiere ser igual á mi palafrenero.

Sabed que cuando estábais todavía en mantillas yo ya era viejo, y jugábamos los dos; despues crecisteis y cada uno fué por su lado; yo hacía el lado de la probidad y vos hacía el opuesto. No sé en qué ha de parar todo esto; solo sé que vuestros amigos son altivos miserables. ¡Oh, pero el progreso! El progreso es magnífico, lo confieso; en el ejército se ha suprimido la pinta de agua que se hacia beber tres días consecutivos al soldado borracho; hemos llegado al máximum del progreso con la Convencion, con el obispo Gobel, con el señor Chaumette y con el señor Hébert; se extermina sin excepcion todo lo pasado, desde la Bastilla hasta el almanaque. Las legumbres substituyen á los santos. Muy bien, ciudadanos, disponed como amos y señores, no tengais escrúpulo de nada, que no podreis impedir que la religion sea religion, que la monarquía llene quince siglos de nuestra historia y que la antigua nobleza, hasta despues de decapitada, esté más alta que vosotros. Miramos con desprecio vuestras argucias sobre el derecho histórico de las razas régias. Chilperico era un fraile llamado Daniel, y Rainfroy inventó á Chilperico para fastidiar á Carlos Martel; lo sabemos mejor que vosotros, pero no se trata de eso. La cuestion es la siguiente: ser un gran reino, ser la antigua Francia, ser un pais magníficamente arreglado y regido, en el que primeramente se consideraba la persona sagrada del monarca, señor absoluto del Estado; despues á los príncipes, luego á los dignatarios de la corona en los ejércitos de mar y tierra, en la artillería y en la direccion y superintendencia de la Hacienda. Tras éstos á la justicia soberana y á la subalterna y últimamente á la administracion política del reino, subdividida en tres brazos. Todo esto, que era hermoso y bien ordenado, vosotros lo habeis destruido. Destruísteis, como verdaderos ignorantes, las provincias, sin comprender lo que las provincias valian. El génio de la Francia se componia de todo el génio del continente, y cada una de sus provincias representaba una virtud

de Europa. Teníamos la franqueza alemana en Picardía, la generosidad de Suecia en la Champaña, la industria holandesa en la Borgoña, la actividad polaca en el Languedoc, la gravedad española en la Gascuña, la prudencia italiana en la Provenza, la sutileza griega en la Normandía y la fidelidad suiza en el Delfinado. Todo esto lo habeis destruido por ignorancia. No quereis tener nobles? Pues bien, no los tendreis, pero vestíds de luto por su carencia, porque ya no tendreis paladines ni héroes. Despedíds de las grandezas antiguas. Ya no tendreis caballeros de Fontenoy, que saludaban antes de matar; no tendreis combatientes con medias de seda, como en el sitio de Lérida, ni esas grandes batallas en las que los penachos atravesaban el campo como meteoros: como sois un pueblo degradado, tendreis que sufrir la violencia que se llama invasion; si volviere Alarico, no encontraria un Clodoveo que se le opusiera; si volviere Abderramen, no hallaria un Carlos Martel que le disputara el paso: han acabado para vosotros los días gloriosos de Agnadel, de Rocroy, de Lens, de Staffarde, de Nerwinde y de Mahon; no tendreis ni otro Marignan ni otro Francisco I. Adelante! Continúad vuestra obra; sed hombres nuevos; empequeñeos.

Calló el marqués un momento y luego volvió á continuar:

—Pero dejad que nosotros seamos grandes. Matad á los reyes, á los nobles, á los sacerdotes; destruid, arruinad, destrozad las máximas antiguas; pisotead el trono, patead el altar, aplastad á Dios, que ese es vuestro objeto. Sois traidores y cobardes, incapaces de sacrificio ni de abnegacion. He acabado de hablar, señor vizconde; ahora hacedme guillotinar: tengo la honra de ser vuestro servidor. Os dije verdades que os amargan sin duda, pero qué os importa? Yo estoy ya muerto.

—Estais libre, le contestó Gauvain.

Adelantóse hasta Lantenac, se quitó el capote, se lo ciñó al anciano y le bajó el capuchon de modo que le ocultase el rostro por completo. Los dos tenían estatura gigantesca.

—Qué estás haciendo? le preguntó el marqués.

Gauvain, sin responderle, levantó la voz y gritó:

—Teniente, abrid.

La puerta se abrió.

—Tened cuidado, teniente, de volver á cerrar bien cuando yo salga.

Diciendo esto, Gauvain empujó hacia fuera del calabozo al marqués estupefacto.

La sala baja, que se transformó en cuerpo de guardia como ya dijimos, estaba apenas alumbrada por una luz muy opaca. En aquella semioscuridad, los soldados que no dormían vieron atravesar la sala, dirigiéndose hacia la brecha, á un hombre de elevada estatura con el capote galoneado del jefe: hicieron el saludo militar y el hombre pasó.

Lantenac atravesó con lentitud primero el cuerpo de guardia y después la brecha, y salió al aire libre. El centinela, creyendo que era su jefe, le presentó las armas.

Cuando salió de allí, hollando sus pies la yerba de los campos, teniendo á doscientos pasos la selva y ante sí el espacio, la noche, la libertad y la vida, se paró y permaneció inmóvil un momento, como el hombre que deja hacer cediendo á la sorpresa y se pregunta si obró bien ó mal, y vacila entre retroceder ó proseguir. Después de meditar algunos segundos, levantó la mano derecha, hizo chocar el dedo del corazón con el pulgar, dió un castañetazo y exclamó: —Ya lo creo!

Se alejó de aquel sitio.

La puerta del calabozo se volvió á cerrar, quedando Gauvain dentro.

II.

El Consejo de guerra.

En aquel tiempo en los Consejos de guerra se obraba casi discrecionalmente. Dumas, en la Asamblea legislativa, bosquejó un proyecto de legislación militar, que más tarde corrigió Talot en el Consejo de los Quinientos; pero Código definitivo para los Consejos de guerra no se redactó hasta la época del Imperio.

En 1793 el presidente de un tribunal militar era casi todo el tribunal: elegía los vocales, clasificaba el orden de los grados, arreglaba la emisión de votos y era el que disponía del tribunal, siendo al mismo tiempo juez.

Cimourdain destinó para pretorio del Consejo de guerra la misma sala del piso bajo donde estuvo el reducto y que ahora era cuerpo de guardia. Deseaba abreviarlo todo, lo mismo el camino de la prisión al tribunal que el camino del tribunal al patíbulo.

Según sus órdenes, al medio día se

reunió el Consejo, en cuya sala hizo poner tres sillas de paja, una mesa de pino, dos velas encendidas y un taburete delante de la mesa. Las sillas eran para los vocales del Consejo y el taburete para el acusado. A los extremos de la mesa se colocaron otros dos taburetes, uno para el auditor, que era un furriel, y el otro para el escribano, que era un cabo.

Había sobre la mesa una barra de latre rojo, un sello de cobre de la República, varios cuadernillos de papel blanco y dos carteles impresos y extendidos; uno era el bando que ponía á Lantenac y á sus secuaces fuera de la ley y el otro el decreto de la Convención.

Detrás de la silla del centro de la mesa había un pabellón de banderas tricolores; en aquella época de ruda sencillez, el aparato de cualquier ceremonia se arreglaba pronto. La silla colocada en medio de la mesa estaba destinada al presidente y daba frente á la puerta del calabozo.

El público lo formaban los soldados.

Dos gendarmes se situaron uno á cada lado del taburete.

Cimourdain se sentó en la silla del medio, teniendo á su derecha al capitán Guechamp, primer juez, y á su izquierda al sargento Radoub, segundo juez.

Cimourdain llevaba en la cabeza sombrero con penacho tricolor, al lado el sable y en el cinturón dos pistolas. La cicatriz que le quedó en la cara era de vivo color rojo y aumentaba la ferocidad de su aspecto.

Radoub, por fin, se dejó curar y tenía liada la cabeza en un pañuelo, sobre el que se iba extendiendo lentamente una mancha de sangre.

A las doce, antes de comenzar el acto, un correo, cuyo caballo piafaba no lejos de allí, esperaba en pie, cerca de la mesa, las órdenes de Cimourdain.

Cimourdain escribía lo siguiente: "Ciudadanos Presidente é individuos del Comité de Salvación pública: „Lantenac está preso y se le ejecutará mañana."

Fechó y firmó, dobló el papel, lo cerró y selló, entregándoselo al correo, que partió en seguida.

Hecho esto, Cimourdain dijo en voz alta:

—Abrid el calabozo.

Los gendarmes descorrieron los cerrojos, abrieron la puerta del calabozo y entraron en él.

Cimourdain levantó la cabeza, cruzó los brazos, miró á la puerta y gritó:

—Traed al preso.

Un hombre apareció entre los dos gendarmes, bajo la cintra de la puerta abierta.

Era Gauvain. Cimourdain se estremió, exclamando:

—Gauvain!... y repitió: He dicho que venga el preso.

—Soy yo, contestó Gauvain.

—Tú!

—Yo.

—Y Lantenac?

—Está libre.

—Libre!

—Sí.

—Se ha fugado?

—Sí.

Cimourdain murmuró temblando:

—Este castillo fué suyo y conocerá todas sus salidas; el calabozo quizás se comunique con alguna de ellas. Debí haberlo previsto. Encontraría el medio de escaparse sin necesidad y sin auxilio de nadie.

—No, que le han ayudado, respondió Gauvain.

—A fugarse?

—Sí.

—Quién?

—Yo.

—Tú!

—Yo.

—Tú deliras.

—Entré en el calabozo, en el que permanecí algún tiempo hablando con el preso; me desprendí del capote de comandante, lo eché sobre sus hombros, le bajé el capuchón y salió del calabozo en vez de salir yo, que me quedé ocupando su sitio, y aquí estoy.

—Has hecho lo que refieres?

—Sí.

—Es imposible.

—Pues es cierto.

—Que traigan á Lantenac.

—No está ya en la torre. Los soldados, al verle con el capote de comandante, creyeron que era yo y le han dejado pasar. Era de noche todavía.

—Estás loco!

—Digo lo que ha sucedido.

Hubo un momento de silencio; después Cimourdain tartamudeó:

—Entonces mereces...

—La muerte, respondió Gauvain.

Cimourdain estaba pálido como un cadáver y se quedó inmóvil como el hombre á quien hiere un rayo. No podía respirar y gotas gruesas de sudor aparecieron en su frente.

Afirmando un poco la voz, dijo:

—Gendarmes, haced sentar al acusado.

Gauvain se sentó en el taburete.

Cimourdain añadió:

—Gendarmes, sable en mano.

Era la fórmula usada cuando pesaba sobre los acusados una sentencia capital. Los gendarmes desenvainaron los sables.

La voz de Cimourdain recobró su acento ordinario.

—Acusado, dijo, levantaos.

Ya no tuteaba á Gauvain.

III.

Los votos.

Gauvain se levantó.

—Cómo os llamais? le preguntó Cimourdain.

—Gauvain.

—Vuestra profesion?

—Comandante, jefe de la columna expedicionaria de las costas del Norte.

—Sois pariente ó aliado del prófugo?

—Sobrino de segundo grado.

—¿Conoceis el decreto de la Convención?

—Veo el cartel sobre la mesa.

—¿Qué teneis que decir sobre ese decreto?

—Que yo he refrendado su publicación, que he mandado que se cumplimentase, y que dispuse fijar ese cartel á cuyo pié está mi nombre.

—Elegid un defensor.

—Me defenderé yo mismo.

—Teneis la palabra.

Cimourdain había recobrado su impasibilidad, pero ésta se asemejaba menos á la calma del hombre que á la tranquilidad de la roca.

Gauvain permaneció un instante silencioso y meditabundo.

Cimourdain preguntó:

—¿Qué teneis que decir en vuestra defensa?

Gauvain levantó la cabeza con lentitud y sin mirar á nadie respondió:

—Tengo que decir que un hecho borrado de mi pensamiento y de mi corazón otros hechos; una acción magnánima vista de cerca me ha ocultado cien acciones criminales: por una parte un anciano y por la otra unos niños, se han interpuesto entre mi conciencia y mi deber político. Olvidé el incendio de pueblos, la devastación de campos, los asesinatos de prisioneros y heridos, el fusilamiento de mujeres, el plan de entregar

Francia á Inglaterra, y puse en libertad al asesino de la patria. Soy culpado, y aunque hablando de este modo podría creerse que hablo contra mí, están en un error los que eso crean. Hablo en mi favor; cuando el culpado reconoce su culpa, salva lo único que merece salvarse; el honor.

—¿Eso es todo lo que teneis que alegar en vuestra defensa? volvió á preguntar Cimourdain.

—Añado que siendo jefe debía dar ejemplo, y vosotros debeis tambien darlo como jueces.

—Qué ejemplo pretendéis que demos?

—El de condenarme á muerte.

—Encontraríais justa esa sentencia?

—Justa y necesaria.

—Sentaos.

El furriel, que desempeñaba el papel de auditor, se levantó y leyó, primero el bando, que ponía fuera de la ley á Lantenac, y despues el decreto de la Convencion, que condenaba á pena capital á todo el que favoreciera la evasión de un prisionero rebelde. Este decreto contenía al pié varias líneas impresas prohibiendo prestar ayuda y socorro á los rebeldes bajo pena de muerte, y las firmaba: "*El comandante en jefe de la columna expedicionaria, GAUVAIN.*"

Despues de leer lo que antecede, el auditor se sentó.

Cimourdain cruzó los brazos y dijo:

—Acusado, prestad atencion. Concurreréis, oid, mirad y callad.—A vuestra vista está la ley. Se vá á proceder á la votacion. Cada uno de los vocales dará su voto en alta voz, en presencia del acusado, pues la justicia nada debe ocultar.

Cimourdain añadió:

—Tiene la palabra el primer vocal, el capitán Guechamp.

Este parecia no ver ni á Cimourdain ni á Gauvain. Sus párpados, casi cerrados, ocultaban sus ojos inmóviles y fijos en el cartel del decreto, que contemplaba como el que contempla un abismo.

Invitado á dar su voto, dijo:

—La ley es terminante. El juez es más y es menos que el hombre; es menos porque no tiene corazón y es más porque blande la espada de la justicia. En el año 414 de la fundación de Roma, Manlio mandó matar á su hijo por el crimen de haber vencido sin orden suya: la violación de la disciplina exigía esta expiación. Aquí ha sido violada la ley, y la ley está más alta que la disciplina. A consecuencia de un exceso de compasión,

la patria vuelve á estar en peligro. La compasión puede llegar á adquirir las proporciones del delito. El comandante Gauvain proporcionó la fuga al rebelde Lantenac, el comandante Gauvain es culpado. Voto, pues, por su muerte.

Gauvain levantó la voz y le dijo:

—Capitán Guechamp, habeis votado lo justo y os doy las gracias.

Cimourdain continuó:

—Tiene la palabra el segundo vocal; hablad, sargento Radoub.

Radoub se levantó, se volvió hácia Gauvain y le hizo el saludo militar. Despues habló del modo siguiente:

—Si juzgais de ese modo podeis guillotinarle, porque declaro en nombre de Dios y bajo mi palabra de honor que quisiera haber hecho primero lo que hizo el viejo y despues lo que hizo mi comandante. Cuando vi á aquel individuo de más de ochenta años arrojar al fuego para sacar de él á tres muñecos, dije para mí:—"Buen hombre, eres un valiente," y al saber que es mi comandante el que ha salvado á ese viejo de la bestial guillotina, digo:—"Mi comandante, yo os concedería la cruz de San Luis y debierais ser general, porque sois todo un hombre." ¿Somos tan imbéciles que para cortarle despues la cabeza nos hayamos tomado el trabajo de ganar la batalla de Valmy, la de Fleurus y la de Wattignies? El comandante Gauvain acosa por todas partes á esos borricos realistas, salva la República á sablazos y á tambor batiente gana la acción de Dol, lo que era dificilísimo, y cuando teneis un hombre como éste, ¿quereis deshaceros de él? ¿En vez de nombrarle general, quereis segarle el cuello!... Cosas semejantes son capaces de hacer que uno se tire al Sena desde el Puente Nuevo. Declaro que á vos mismo, ciudadano Gauvain, si en vez de ser mi jefe fuérais el cabo de mi compañía, os diría que habeis dicho una porción de tonterías. El viejo hizo bien en salvar á los niños y vos habeis hecho perfectamente en salvar al viejo, y si guillotinamos á las gentes porque hagan buenas acciones, entonces es cuestión de apagar la luz y de echar á correr. ¿A dónde vamos á parar obrando de esa manera? ¿Pero esto es sueño ó realidad? Me pellizco hace media hora para saber si estoy despierto, porque no comprendo lo que sucede... ¿Queríais acaso que el viejo dejase que se quemasen vivos los chiquitines, ó que mi comandante dejara que le cortaran el cuello al viejo por haberlos salvado? En

ese caso guillotinarle á mí, que yo tambien hubiera obrado lo mismo. Supongamos que los niños hubieran muerto abrasados; entonces el batallón del Goro Rojo quedaba deshonrado. ¿Era eso lo que se quería? Entonces comámonos los unos á los otros. Entiendo tanto de política como cualquiera de vosotros; he pertenecido al club de las Picas y veo que acabaremos por embrutecernos. En resumen; no me gustan las cosas que tienen el inconveniente de poner al hombre en situación de no saber dónde está ni lo que hace. ¿Por qué diablos peleamos? ¿Por qué quereis matar á nuestro jefe? Pues yo adoro á mi comandante y le necesito, y hoy le quiero más que ayer todavía. Me haceis reír al pretender guillotinarle. Los demás no lo consentiremos, eso no es posible.

Dicho esto se sentó Radoub, cuya herida se había abierto y un chorro de sangre, que salía por la venda, le corría á lo largo del cuello desde el sitio donde estuvo la oreja.

Cimourdain, volviéndose hácia el sargento, le preguntó:

—¿Votais por la absolución del acusado?

—Voto, contestó Radoub, por que se le nombre general.

—Os pregunto si votais por su absolución.

—Voto por que le eleven al sitio más alto de la República.

—Sargento Radoub, ¿votais por la absolución del comandante Gauvain, sí ó no?

—Voto por que me corten la cabeza por él.

—Por la absolución, escribano, le dijo Cimourdain.

El escribano anotó: "Sargento Radoub, absolución." Despues dijo:

—Un voto en favor de la pena capital y otro en favor de la absolución.

Le tocó el turno de votar á Cimourdain. Levantóse, se quitó el sombrero y lo dejó sobre la mesa, y su lividez era cadavérica.

Profundo silencio reinó en la sala. Cimourdain dijo con voz grave, lenta y firme:

—Acusado Gauvain, despues de examinar vuestro proceso, en nombre de la República, el Consejo de guerra, por mayoría de votos, por dos votos contra uno...

Al llegar aquí se detuvo un instante. Todos esperaban el resultado de lo que iba á decir con la mayor ansiedad. Al

cabo de un momento terminó, diciendo:

—...Os condena á la pena de muerte.

El semblante de Cimourdain al decir las anteriores palabras expresaba la tortura del triunfo siniestro. Cuando en las tinieblas Jacob hizo que lo bendijera el ángel á quien venció en la lucha, manifestó la sonrisa espantosa que apareció en los labios de Cimourdain. Pero fué un relámpago, y su faz quedó impassible como el mármol. Sentóse, se cubrió y añadió:

—Comandante Gauvain, se os ejecutará mañana al salir el sol.

Gauvain se levantó y dijo:

—Doy las gracias al tribunal.

—Llevaos al reo, dijo Cimourdain á los gendarmes.

Abrieron la puerta del calabozo, entró Gauvain y la puerta se cerró tras él. Los gendarmes, con los sables desenvainados, se quedaron haciendo centinela al sentenciado á muerte.

A Radoub le sacaron de la sala desmayado.

IV.

Cimourdain juez y poder supremo.

Es un campamento como un enjambre de avispas, sobre todo en épocas de revolución. El aguijón cívico que reside en el soldado sale rápida y espontáneamente para picar al jefe con tanta resolución como tuvo para expulsar al enemigo.

Se oyeron varios zumbidos entre los valientes soldados que entraron al asalto en la Tourgne. El primero fué contra el comandante Gauvain cuando supieron la evasión de Lantenac. Cuando salió del calabozo el comandante en vez del marqués, se produjo en la tropa una conmoción eléctrica, é instantáneamente se supo la noticia en todo el campamento. Entonces estalló el primer murmullo en aquel ejército, que venía á decir: "Van á juzgar á Gauvain, pero ese juicio no será más que una farsa, porque no hay que fiarse de ex-nobles y de solideos. Acabamos de ver un vizconde que salva á un marqués, y ahora veremos á un cura que absuelve á un noble." Cuando se supo lo contrario, esto es, la condena de Gauvain, se promovió el segundo murmullo: "¡Vaya una atrocidad! ¡Quieren matar á nuestro jefe, que es un bravo; á nuestro valiente comandante, que es un héroe! Dicen que fué vizconde; pues por eso tiene más mé-